



Los exiliados del 36 y la Tercera España. El dilema de los liberales

Eve Fourmont Giustiniani

► To cite this version:

Eve Fourmont Giustiniani. Los exiliados del 36 y la Tercera España. El dilema de los liberales. Diario Público, edición especial 18 de julio de 2011: "75 años del comienzo de la Guerra Civil", 2011. <hal-04505453>

HAL Id: hal-04505453

<https://hal.science/hal-04505453v1>

Submitted on 14 Mar 2024

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



Distributed under a Creative Commons CC BY-NC-SA 4.0 - Attribution - Non-commercial use - ShareAlike - International License

Los defensores de la República



> MANUEL AZAÑA

Ocupaba el cargo de presidente de la República en 1936. Como fundador de Izquierda Republicana fue uno de los principales defensores del modelo republicano e impulsó la Reforma Militar.



> SANTIAGO CASARES QUIROGA

Se sentaba en el sillón del presidente del Gobierno en 1936. Fundador y líder de la Organización Republicana Gallega Autónoma, participó en el proyecto republicano desde sus comienzos.



> JOSÉ GIRAL

Ministro de Marina en 1936 y presidente del Gobierno en el exilio entre 1945 y 1947, fue uno de los principales impulsores de Izquierda Republicana y de la II República. Murió en el exilio mexicano.

Los exiliados del 36 y la Tercera España

EVE
GIUSTINIANI

PROFESORA DE ESTUDIOS
HISPÁNICOS EN LA
UNIVERSIDAD DE AIX-EN-
PROVENCE (FRANCIA)



El dilema
de los
liberales

Desde los primeros meses de la guerra, empezó una lenta y continua sangría de españoles hacia el extranjero. Entre ellos, se encontraban varios intelectuales madrileños que, viendo peligrar su propia vida y discrepando de la violencia desencadenada desde el golpe, prefirieron tomar el camino del exilio para ponerse a salvo y situarse *au-dessus de la mêlée*. Estos exiliados del 1936 forman lo que se dio en llamar la Tercera España: un rótulo lo bastante difuso como para englobar a todos los que no tenían cabida en ninguna de las dos Españas, lo que abarca posturas muy variadas.

El concepto de las dos Españas supone un dualismo reductor –¿por qué no imaginar no dos, ni tres, sino múltiples Españas?–, y tan petrificado que apenas deja espacio para un tercer término: la Tercera España es el tercio excluido, o, en versión más angelical, la síntesis dialéctica entre las otras dos, la solución al eterno cainismo español.

Algunos de los exiliados de primera hora intentaron, es verdad, construir un frente de intelectuales independientes que Niceto Alcalá-Zamora, en 1937, fue el primero en llamar Tercera España. Procuraron, a través de manifiestos o llamamientos en tribunas de prensa, hacer lo que no hacían los países occidentales: federar a los inclasificables, propiciar una mediación entre los contendientes, actuar a favor de las víctimas organizando el canje de prisioneros. Así lo hicieron Alfredo Mendizábal desde la oficina parisina de su Comité Español para la Paz Civil, o Salvador de Madariaga, que utilizó su prestigio de diplomático de la Sociedad de Naciones (SDN) para intentar, sin éxito, que franceses y británicos interviniesen en el conflicto.

La Tercera España encarna así la tercera vía, reformista, entre reacción y revolución; es decir

Los republicanos se sintieron defraudados por la desertión de los viejos maestros

Baroja, Azorín o Marañón no tardaron en mostrar afinidad con los sublevados

Subestimaron la potencial fascistización del régimen franquista

bían alejado de la República, pidiendo su “rectificación” o cambio de rumbo. Pero, en cuanto liberales, no tenían cabida en la España contrarrevolucionaria de los *nacionales*. *Personae non gratae* en ambos bandos, su silencio inicial respecto al conflicto y su elección de no intervenir en él fueron, ante todo, medidas de protección.

Sin embargo, su silencio no pareció nada equidistante a sus coetáneos. Los republicanos se sintieron defraudados por la desertión de los viejos maestros, prueba de su deslealtad hacia la República en armas. Como lo resumía en 1937 Agustí Calvet, alias *Gaziel*, sobre los intelectuales exiliados del 36, “el silencio es traición”. Por otro lado, resultaban sospechosos a ojos de los franquistas, que reclamaban, para perdonarles su pasado republicano, muestras de una adhesión sin reservas al Movimiento.

Su posición de aparente neutralidad política no significa tampoco que fuesen realmente equidistantes. Baroja, Pérez de Ayala, Marañón o Azorín no tardaron mucho en pasar de la disidencia republicana a mostrar sus afinidades con los sublevados, sin dejar no obstante de declararse liberales. ¿Cómo pudieron compaginar sus convicciones liberales con su apoyo de facto al franquismo?

Su posición se explica por una maduración ideológica iniciada antes de la Guerra Civil, que les llevó a desconfiar de la democracia como instrumento de regulación sociopolítica. El supuesto terror reinante en la República del Frente Popular, anticipado en la revolución de octubre de 1934 y alimentado por el descontrol militar del bando legal, les inclinó a creer que el franquis-

mo constituía el mal menor. Suscribían así la interpretación de la Guerra Civil como “guerra preventiva” frente al peligro de revolución bolchevique que amenazaba España. Creyendo que, fuese cual fuese el vencedor, el viejo liberalismo estaba moribundo, apostaban por una dictadura transitoria, que daría paso a un nuevo liberalismo purgado de tentaciones comunizantes. Subestimaron gravemente la potencial fascistización del régimen franquista.

En suma, su postura fue similar a la línea de no intervención anglo-francesa, dictada por la política de apaciguamiento. Basada en el rechazo de cualquier alianza con el comunismo y en el espejismo de un acuerdo con Hitler, esta política se tradujo en España en un acercamiento gradual al bando franquista. El alegato liberal que aquellos autores desplegaron en sus escritos de la guerra era, pues, destinado a convencer a Francia e Inglaterra de que el bando franquista contaba también con intelectuales moderados: argumento que debía alentarles a intervenir en el conflicto, desde luego a favor de Franco, pero con vistas a templar sus propensiones totalitarias e imponerle una liberalización de su política.

Cuando estos viejos maestros empezaron a entender que el proyecto franquista era ajeno a toda racionalidad liberal, el derrumbe del liberalismo español era irremediable. La Tercera España se quedó en el limbo de los proyectos políticos nonatos, y los intelectuales liberales tuvieron que elegir entre perpetuar su exilio, exterior o interior, o doblegarse ante el dictador.

DESDE EL EXILIO

El filósofo y ensayista José Ortega y Gasset, durante una conferencia en Alemania, en 1951. EFE

la tercera erre de la lucha triangular que se dio en la Europa de entreguerras. Puede definirse como liberal y moderada, contraria a todo extremismo; por ello se asimila a una posición centrista, como lo fue el corto Gobierno de Manuel Portela Valladares en 1936. ¿No escribía Ortega y Gasset en 1937 que “ser de la izquierda es, como ser de la derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil”?

Se añade así al decididamente difuso bando de la Tercera España a intelectuales como el mismo Ortega, Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala, Pío Baroja o Azorín, todos ellos tempranamente autoexiliados. Ya antes de la guerra, se ha-

